

caron la realización del crimen perfecto, y que por lo mismo pasaron a la historia de la criminología mundial. Pero no es así, el autor presenta en este pequeño libro una serie de cuentos, confesiones o anécdotas que a través de 20 años fue recopilando en distintos lugares: España, Francia, México. Presenta momentos trágicos, que por la manera de contarlos se tornan chuscos:

"Lo maté porque habló mal de Juan Alvarez que es muy mi amigo y porque me consta que lo que decía era una gran mentira."

"—¡ Antes muerta! — me dijo. ¡ Y lo único que yo quería era darle gusto!"

"Lo maté en sueños y luego no pude hacer nada hasta que lo despaché de verdad. Sin remedio."

"Era tan feo el pobre, que cada vez que me lo encontraba, parecía un insulto. Todo tiene su límite."

Y trata con gracia, agilidad y sencillez los crímenes más comunes, más vulgares, los de todos los días.

En el prólogo, que Max Aub llama "Confesión", hace notar que a través de la constante observación puede concluirse que el hombre mediocre, común de cualquier parte del mundo, reacciona igualmente cuando se exaspera, cuando se arrebatada.

El libro está ilustrado con apropiadas viñetas tomadas de *Book of objects*, editado en San Luis Potosí en 1883, y la edición consta de cuatrocientos ejemplares.

B. E. R.

A N A Q U E L

Por Francisco MONTERDE

ALGUNOS PROPOSITOS DE HROSVITHA

EL SEGUNDO LIBRO de los que escribió Hrosvitha, monja del convento de Gandersheim, en la Germania del siglo X, contiene su obra dramática en lengua latina, en la cual influyeron los clásicos preferidos por ella.

Los seis títulos originales son: *Gallicanus: conversio Gallicani, principis militiae; Dulcitius: passio sanctarum virginum Agapis, Chioniae et Hirenarum; Calimachus: resuscitatio Drusianae et Calimachi; Abraham: lapsus et conversio Mariae, neptis Habrahae heremicolae; Pafnutius: conversio Thaidis meretricis; y Sapientia: passio sanctarum virginum Fidei, Spei et Karitatis.*

Apenas recordada en los ocho siglos que siguieron al suyo, solamente fue traducida en parte esa obra que sacaron del olvido los románticos al mediar el XIX. Vertida al francés y, en su totalidad, al italiano, se la estudia desde hace tres décadas en Europa, con mayor interés que en el siglo precedente.

Hrosvitha escribió el prefacio para su obra dramática y una carta que sigue a aquél, en el libro segundo. En el prefacio hace notar que abundan los creyentes que, "atraídos por la elegante elocuencia del estilo, prefieren la vanidad de los libros paganos a la utilidad de las Sagradas Escrituras".

Según su testimonio, en el siglo X existían otros que, aunque se atuvieran "a los escritos sacros" y despreciaran las demás obras, leían con mucha frecuencia "las fábulas de Terencio, y, conquistados por el encanto de su estilo", se manchaban el alma "con el conocimiento de cosas nefandas".

Por eso Hrosvitha, "la voz dominante de Gandersheim" se decidió a convertirse, en cierto modo, en una continuadora de Terencio en la época medieval. "No tuve temor, dice, de imitar en mis escritos a un poeta que tantos leen ávidamente."

Pero la autora advierte en seguida cuál fue el móvil que la impulsó a seguir por ese camino al apartarse, en apariencia, de las Sagradas Escrituras, para imitar

la manera de uno de los autores paganos más leídos en el Medievo.

Al seguir los pasos de Terencio, lo hace para celebrar, con la limitada fuerza de su ingenio, según sus palabras, "la laudable pureza de las santas vírgenes cristianas", a quienes alabará con entusiasmo.

Conoce bien el interés que en los lectores de su tiempo despierta el gran comediógrafo latino y, por eso, dice que se ha servido "del mismo género de composiciones con que los antiguos representaban la torpe impudicia de mujeres inverecundas".

Al constituirse en defensora de la castidad, Hrosvitha declara ingenuamente: "Una cosa, todavía, me llena de vergüenza y difunde el rubor por mi rostro: es el hecho de que, constreñida por la naturaleza de esta obra, he debido plegar mi espíritu y mi estilo a describir la deplorable locura de las almas abandonadas a los ilícitos amores y la dulzura engaña-

dora de los coloquios a los cuales no se ha permitido nunca prestar oído".

Aunque con ello su prestigio queda a salvo, y no se empaña la pureza de su vida monástica, la autora agrega: "Mas si por pudor me hubiese abstenido de tratar estos argumentos, no habría podido llevar a término mi propósito, ni habría podido exaltar, con los medios de que dispongo, la gloria de las almas inocentes."

A pesar de ser extraña a las experiencias amorosas, comprende que, "cuanto más dulces son las palabras de los amantes al seducir, tanto más alta es la gloria de la ayuda divina y tanto más espléndido el mérito de aquellos que triunfan, especialmente cuando se ve victoriosa la fragilidad femenina, y la fuerza masculina domada y confusa".

Eso, en lo que se refiere al contenido de su obra. En cuanto a la forma adoptada, ella dice: "Ciertamente, yo no dudo que alguien pueda objetar que mi obra imperfecta es muy inferior, mezquina en extremo y bien diversa del modelo que me propuse imitar." Tal modelo es, como se sabe, Terencio.

Al comprender sus limitaciones, afirma: "Sea; acepto este juicio." Pero lo acepta con algunas salvedades, al declarar que arrojó el peligro voluntariamente, convencida de que, para vencer, se necesitaba mayor talento, y la hazaña, pues, se hallaba por encima de sus "débiles fuerzas".

Aquello a que aspira está más cerca de sus manos, y por eso cree que podrá alcanzarlo. "Yo no soy tan orgullosa, dice Hrosvitha, que me atreva a compararme" de algún modo, aún en lo más insignificante, con algo "de los antiguos escritores". Al escribir esto último, vuelve a pensar en Terencio, sin duda, porque para ella es el más importante de los clásicos de la antigüedad latina.

Mas, dentro de la modesta posición en que la escritora se cree situada, procura elevarse hacia lo alto, al asentar que, aun cuando sean cortas sus fuerzas, procura "con espíritu humilde y devoto", hacer que se dirija "a la gloria de quien me ha dado mi modesto ingenio".

Además, no se siente muy segura de sí misma y teme que resulte presuntuosa al abstenerse de celebrar, por algún temor, la virtud que, según sus frases: "la divinidad siempre opera a través de sus santos".

El prefacio que Hrosvitha puso a su segundo libro, concluye, como era usual en autores del Medievo, con la declaración de que, aun cuando su obra no satisfaga, "por sus escasos méritos o por las deficiencias de su estilo", se sentirá complacida de lo que ha hecho.

Su complacencia se debe al convencimiento de que, según dice, "mientras en las otras obras, fruto de mi inexperiencia, puse en verso leyendas heroicas, aquí, con una serie de escenas dramáticas, evito prudentemente la perniciosa dulcedumbre de los paganos".

Estas palabras finales revelan el propósito que animó a la monja del convento de Gandersheim a trazarlas: sustituir con una obra cristiana, moralizadora, las comedias atractivas pero demasiado libres de su admirado Terencio.

Tal propósito queda confirmado con las palabras que, a manera de dedicatoria, puso a continuación, en la carta "a algunos sapientes protectores de este libro".

